

MENDÉ



MAÍZA

o las tribulaciones de la tierra

MAÍZA

(o las tribulaciones de la tierra)

por Ale Mendé

Pintura de Tapa



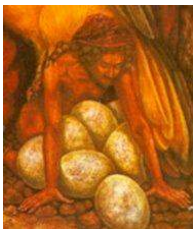
Autor: Eduardo Torassa

Obra: La isla de las tres llaves

Tamaño: - 90 cm x 90 cm ^{de la serie Duendes.}

Técnica: óleo sobre tela.

Viñeta: recorte de un cuadro de la Serie de Duendes.



MAÍZA

(o las tribulaciones de la tierra)

© *María Alejandra Mendé*, 2026

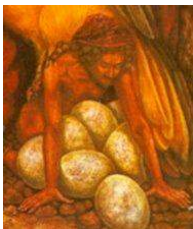
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Datos de Contacto:

Correo: alejandramende@gmail.com

Blog: Literaturas por Ale Mendé — <https://literaturasporalemende.blogspot.com/>



PROLEGÓMENO I

EN LAS OFICINAS DEL CEMENTERIO

—Maíza, no Marisa.

Hubiera preferido llamarse como cualquier Marisa y no dar tantas explicaciones, pero a ellas se les ocurrió llamarme así, por nuestro tío, Maese.

—Maíza con z —le dice al tipo del registro, que escribe sus datos.

Antes le parecía que llamarse Marisa tendría algo de madre y de reír y que su nombre en cambio tenía que ver con maíz o maizal que suena a revolcarse.

—Eso qué —piensa, mientras apoya los pechos con firmeza sobre el mostrador. Siente, por un momento, el albur de la lluvia en el acento metafísico de Maíza. Pero se contiene. No va a darle al empleado municipal la satisfacción de verla temblar.

—Con acento en la í —remata, con indiferencia, a todos los Maeses de la vida.

No obstante, con éste Maese se sentía atravesada por una genética de semejanzas.

Lo vio morir una tarde de enero de 1991. Él había gozado siempre de buena salud y todavía a la extraordinaria edad de ciento once años, sorprendía con su lucidez.

—¿Estado civil? —dice el tipo, impaciente.

—Sola. Soltera.

Y cada vez que da ese dato, ella recuerda, como en diapositivas, los rostros de todos los hombres con los que había tenido algo: sexo, compañía, convivencia, amistad, idealización, negación y hartazgo. Buenos recuerdos...

Put a de joven, santa de vieja, piensa, porque como muchas tías, las de ella hablaban mal de las mujeres más jóvenes. Sus malos ejemplos se pasaban por alto y señalaban a

las chiquilinas, decían del maizal, como una tierra oscura y fértil, donde se parasitan los vientres.

Piensa también en Juana, que está allá, en la casa de Urquiza, velando el cuerpo que todavía respira. Juana, que también tiene un nombre que es una contrariedad, que también tuvo que aprender a explicar quién es.

Maíza se crispa con su nombre, le busca nuevos sentidos. Le importan un comino esos comentarios de tías viejas. Ella va a gustarle siempre revolcarse en la tierra. Pero eso, el barro como transformación, es algo que todavía no puede decirle a nadie. Tal vez, más tarde, cuando esté sola, pueda escribir sobre eso.

Tiene ganas de decirle al empleado municipal: *Me llamo Maíza, como el maizal en el que se revuelcan las chinitas para que las germinen, como a la tierra, en los ovarios. Maíza Urrutia y digo: Hembra.*

Pero el tipo disfruta tanto de la cuota de poder que le dan el mostrador y su birome falsa, que le tiene piedad.

La imagen que más le duele, en ese momento, es la de Maese —ese hombre que llevaba los nombres de todos sus hermanos muertos— y la de Juana, a su lado, limpiándole las babas, mojándole los labios, esperando que la muerte se decida.

PROLEGÓMENO II

ESCRITO EN UNA PIZZERÍA DE CHACARITA

Estoy sentada en la San Remo. Son las cuatro de la tarde. Pido un café. Fumo.

Si pudiera rugir como una leona, lo haría. Terminé el trámite en los laberintos kafkianos del cementerio. Pienso en la derecha, en el sindicato municipal, en la realidad lindante y en el subyugado lamento de mi persona por conseguir un mísero papel, una garantía, un pago. Pienso en el tiempo que pierdo y me desangra.

Prefiero elegir y declarar que cargo hacia la izquierda los sentimientos, los olores, el grito, la sexualidad y la flor que también cae hacia la izquierda. Cargo hacia la izquierda palabras, porque de zurda vuelan las emociones y las emboco mejor. Puedo escribir *ella está en alguna parte creyendo que la izquierda es su fuente de gozo*. La miro en tercera persona. Doy cuenta en tercera persona. Arte puro. La primera es un facilismo, pero hay que escribir en primera —dicen— primera sola e individual. Ego hasta la sinvergüenza. Estupidez. Catarsis. Palabrerío. Moda. ¿Lo querés? Lo tenés.

Escribo en yo a diario en mi diario, igual, lo personal se escapa.

Arte o irrupción de otros en mí:

yosomos, ellasoy,

entonces los restos del día hacen la forma.

Aquí estoy, es verano, la temperatura es templada. Veo una ocasión de fuga. Como telón de fondo, el placer auditivo de escuchar *Tenderly* y me dejo llevar por el ritmo y por este sonido de hombre urbano a pie. Llueve en esta pecera, pero hay jazz y entonces también hay clima. Y todo esto no es porque a mí me desespere estar así. No. Este lugar, esta situación, este estado de necesidad de estar no de ser, de sentir nada, de arrojar este tiempo en algún lugar lejano, de sacar el cuaderno, éste cuaderno y no otro, de tomar una birome gruesa, de trazo muy grueso, todo es un pedido del genio.

Hay que ser incondicional al genio, digo, al refinado, al que obliga, al que exige detalles. El mismo Genio que en otro espacio me mueve al té. Sí. Al té verde pero no en saquitos, no, sino preparado con una mixtura de hierbas y aromas de corte perfecto: dos rodajas de jengibre, un poco de anís, una cucharada de semillas de hinojo, una pulgada de una rama de canela y por último, dos clavos de olor. El perfume más que el sabor. Inspirar. Y soplar la madera de palo santo que se quema en la mesa. Entonces puedo sentir como el Genio se expande. Genio de luz baja y oscuridad exacta. El mismo que cuando asomo a la ventana, de noche, en casa, para mirar la General Paz a través de los árboles del parque, me ayuda a situar la belleza del ir y venir de los autos como un mar metálico, como un río asfáltico. Motores que se acercan y alejan en olas de sonido. La naturaleza también son las cosas del hombre.

El Genio se va, se diluye, escapo a la idea unilateral del genio propio cuando digo vida. Letra pura, porque todo borrador está manchado de vida. Vidas, huyendo de la muerte en la perpetuidad de la palabra escrita, o existencia habitada por fragmentos de almas familiares o cercanas a la historia de las generaciones.

La literatura es hacer alma. Alma que escapa de toda interpretación. Salvo decir, salvo lanzar palabras, salvo golpear las teclas hasta la alegría del diálogo inquisidor, que hace que los que fueron e insisten en resolver sus planes coartados, vuelvan con su luz olvidada, con su razón prolífera interrumpida, con su necedad destemplada, con todo lo suyo y todo para nada, o para nadar en las aguas del mundo por un instante y otro y otro y otro.

Dicen que los románticos tienen la letra afilada por la muerte. No. No es el sello del amor sino de la vida el que se inscribe en el progreso de la belleza. Es la pasión desmedida la que funda los inventos del hombre, sus artes.

Hoy, que tengo zurdera en las piernas me tiro del trampolín. Nado. Me muevo como un pez en el agua. Nado. Nado de nadar y de nadería, porque busco el alivio de las mariposas, su frugalidad, la sutil interjección para la que fuimos creados. Nado, porque nadar es oceánico. Nado porque fui pez y perdí las escamas. Porque respiro fuera del agua, porque tengo sonido en el silencio, porque me escucho en los ritmos de otros que pudieron escuchar sus rengueras.